

# Receta de hombre

## Jorge Oliva

*Según Vinicius de Moraes, que  
nos dio la de mujer y para Tía Úrsula,  
que lo esperó en vano toda la vida.*

De los feos ni hablar, que aquí la belleza  
es fundamental.  
Es necesario que haya algo de árbol en esto,  
algo de mástil y velas en el mar abierto,  
algo de trapecionista y de bailarín  
en la cuerda floja.  
Es necesario que el hombre sea todo un hombre  
pero que sea un niño, un ángel,  
una bestia.  
No es posible el término medio.  
Es preciso que de pronto se tenga la impresión  
de Valentino cabalgando bajo la luna llena,  
Gary Cooper atravesando el Sahara, Weismuller  
entre las ramas, Gardel cantando un tango triste,  
Brando gritando «Stellaaaa!», James Dean desbocado  
en un Porsche hacia la muerte...  
Que él no venga sino que *surja*, que no vaya, que *parta*.  
Pero que todo eso sea y no sea —que sea intuición,  
casi certeza, deseo,  
impresión que se refleja en los ojos  
de quien se encuentre con tus ojos.  
Todo esto tiene que ser terriblemente inesperado.  
Es absolutamente necesario que su cabeza inclinada  
recuerde un poema de Cavafis, que sus piernas  
sean las de esos atletas de los vasos griegos,  
que su torso repita las proporciones de Fidias  
y que quien toque su pecho, toque algo  
*más allá de la carne*: como se toca  
el borde de la tarde.  
Los ojos que sean enormes, preferiblemente negros  
o azules, y que al mirarlos te desnuden, te atraviesen  
y te asomes a un pozo sin fondo, a una revelación inminente.  
Las manos son importantísimas: ágiles y grandes,  
resistencia de acero, suavidad de ala.  
Indispensable es que el hombre sea naturalmente alto  
(como bien dice tía: *Caballo grande, ande o no ande*)  
y que decididamente tenga la actitud mental

de las altas cumbres —la solidaridad de Whitman,  
la lucidez de Sartre, el asombro incesante de Bradbury,  
la ternura de Chagall, el erotismo de Lezama, la pasión  
de Buñuel, el *amour fou* de Breton.

Indispensable todo eso, sí, pero que baje de las nubes  
y sea una cumbre con pene y con brazos y piernas  
y funcione magistralmente en la cama.

Es absolutamente necesario que el hombre que avanza  
a tu destino

sea como un girasol o una montaña  
y que, como ellos, viva siempre ignorante de su poder  
y su belleza.

Ah, sobre todo que sea un hombre que ría y que,  
no importa en qué situación se encuentre,  
siga exudando siempre ese aire sincero de absoluta  
confianza y espléndida generosidad  
y que, en toda su humana imperfección, sea  
el animal más hermoso del universo,

criatura

hecha a la imagen y semejanza de Dios.